

Cirilo espulsó de Alejandria á todos los judíos hace cuatro meses?

—Es verdad, es verdad....

—¿De qué se trata, padre mio? Parece que te interesa esa muger....

—¿Y es esclava de Miriam?

—Hace siete años que es libre, dijo el portero. La buena señora, por razones excelentes sin duda en sí mismas, pero no muy claras al entendimiento filosófico, determinó darle soltura en la república de Alejandria, para que buscase qué devorar.

—¡Dios la ayude! ¡Y estás cierto de que Miriam no se encuentra en Alejandria?

El porterillo se puso muy colorado y tambien Filemon, pero se acordó de su promesa y la mantuvo.

—Veo que los dos sabeis algo acerca de ella. No es posible, añadió volviéndose al porterillo con cierto aire de autoridad, que engañes á un antiguo hombre de Estado, aunque hoy no pase de ser un pobre monge. Si me dices lo que sabes, te prometo que ni tú ni ella perderéis nada por esa confianza. Si no, yo encontraré medios de descubrir lo que hay de verdad en eso.

Ninguno de los dos chistó.

—¡Filemon, hijo mio! ¿conque te has ligado contra... no, no contra mí, sino contra ti mismo, pobre jóven descarriado?

—¿Contra mí mismo?

—Sí.... Lo he dicho. Pero, si no tienes confianza en mí, no puedo tenerla en tí.

—He prometido callar.

—Y yo, señor hombre de Estado, ó monge, ó ambas cosas á un tiempo, ó ninguna de las dos, lo he jurado por los dioses inmórtales, dijo el portero con tono arrogante.

Arsenio se detuvo.

—Hay quien sostiene que un juramento por un ídolo, que en sí es nada, carece de valor. Yo no creo eso. Si tú consideras pecado quebrantar tu juramento, pecado es para tí sin duda. En cuanto á tí, pobre hijo mio, tu promesa es sagrada, aunque haya sido hecha al mismo Júdas Iscariote. Pero escúchame: ¡Hay inconveniente en que uno de vosotros refiera á esa muger (suponiendo que esté en Alejandria, lo que Dios permita), todo lo que aquí ha pasado, y le diga que Arsenio, cuyo nombre le es bien cono-

cido, ofrece, bajo el solemne juramento de un cristiano, no injuriarla ni hacer la traicion? ¿Quereis hacer esto?

—¿Arsenio? exclamó el porterillo con una mirada en que iban mezclados el temor y la lástima.

El anciano se sonrió.

—Arsenio, á quien llamaron en otro tiempo el padre de los emperadores. Ella tendrá confianza en ese nombre.

—¡Iré al momento, señor, volaré!

Y el porterillo partió como un relámpago.

—El pobre diablo no ha visto, dijo Arsenio sonriéndose, cuánto ha confesado ya, y cuán fácil me sería ahora seguirle á la guarida de la vieja.... Filemon, hijo mio.... Muchas lágrimas tengo que llorar por tí... pero impediré todavía que corran. Estás ya seguro; y el anciano le tomó del brazo. ¿Tú no dejarás á tu pobre y anciano padre? ¿Tú no me abandonarás por la muger pagana?

—¡Permaneceré á tu lado, te lo prometo! con tal que no digas cosas injustas de ella.

—Yo no hablo mal de nadie, ni acuso á nadie, sino á mí mismo. No te di-

ré una sola palabra dura, pobre hijo mio. Ahora, óyeme. ¿Sabes que procedes de Atenas? ¿Sabes que fui yo quien te traje á Africa?

—¿Tú?

—Sí, hijo mio; pero cuando te llevé á los Lauros, me pareció bien que tú, como hijo de un noble, no supieses nada de esto. Y dime, ¿no recuerdas á tu padre ni á tu madre, á ningun hermano ni hermana, en fin, no recuerdas nada de tu casa en Atenas?

—¡Nada!

—Gracias á Dios. Pero, Filemon, si hubieses tenido una hermana.... ¡Silencio! Y si (hablo condicionalmente), viviese solo en cuanto al nombre, y estuviese muerta; peor que muerta, en.... ¿qué harías por salvarla?

El jóven se agarró del brazo del anciano para no caer.... ¿una hermana!... ¿Qué misteriosa virtud era la de esta sola palabra, que hacia vacilar su cerebro y palpar con fuerza su corazón? ¿Una hermana! no meramente una amiga, una igual, sino una compañera, dada por Dios, y á quien podia amar, sin que nadie, ni aun un monge, le censurase por ello. No meramente una cosa

delicada, débil, hermosa (pues desde luego suponía que debía ser hermosa), á quien le era permitido querer, guiar, sostener, libertar, y por quien podía morir, hallando deliciosa semejante muerte. Sí... todo esto y mas todavía se encerraba en aquella sagrada palabra. Porque estas ideas divididas y parciales habian flotado al través de su entendimiento con demasiada velocidad para que excitasen una pasión como la que le movia ahora; y hasta apenas habia oído, si es que oído habia, la indicación de su pecado y del peligro en que se encontraba. Era la palabra misma la que llevaba su encanto, su mensaje al corazón del huérfano de padre y madre, cuando por la primera vez contemplaba la profunda, eterna, divina realidad del parentesco.... ¡una hermana! de su propia carne, de su propia sangre.... nacida del mismo padre y de la misma madre que él, ¡suya, suya para siempre! ¡Cuán vanos y efimeros le parecían todos esos parentescos espirituales de hijos y de hijas, invenciones de la mudable fantasía, del capricho del hombre! Arsenio.... Pambo.... la misma Hipatia.... ¡qué eran ahora para él! Se

trataba de un parentesco verdadero.... ¡Una hermana! ¡Qué otra cosa habia en la tierra que mereciese fijar su atención?

—¿Dónde está?... fué la primera pregunta que pudo articular, con los ojos llenos de lágrimas. ¿Dónde? Vamos... ¡llévame con ella al instante!

—Pero, hijo mio, aun no estamos ciertos.

—¿No?... entonces has cometido una crueldad en pronunciar esa palabra. ¡Oh! ¡si al cabo todo quedase frustrado! Pero, como quiera que sea, iremos... Sí... solo la probabilidad de encontrarla es suficiente para aventurar la vida en el empeño. Y en su impaciencia empujaba hácia adelante al anciano. ¡Vamos! Sé que está en casa de Pelagia. Sé que lo crees así. La distinguirás entre todas... me la mostrarás... y yo la sacaré de allí, aunque diez mil godos traten de impedirlo. Triunfaré, sí. ¡Dios, que me la dió, me dará fuerzas para salvarla! ¡Vamos!

Y arrastró á Arsenio en la dirección de la casa de Pelagia, sin saber á punto fijo qué harian en llegando.

Estaban á unas cuantas varas de la

puerta, cuando el ruido de pasos precipitados y de voces que los llamaban por sus nombres, les hizo volver el rostro; y vieron con evidente disgusto que eran Pedro y una gran partida de alborotadores, entre ellos algunos monges.

El primer impulso de Filemon fué echar á correr: el mismo Arsenio le cogió por el brazo y parecía inclinado á huir.

—¡No! pensó el jóven, ¿acaso no soy un hombre libre y un filósofo?

Y mirando en derredor, aguardó al enemigo.

—¡Ah! ¡aquí tenemos al apóstata! ¡Conque al fin le has encontrado, reverendo y maltratado padre! ¡Loado sea el cielo por tan feliz y pronto éxito!

—Mi buen amigo, preguntó Arsenio con voz trémula, ¿qué es lo que te trae aquí?

—¿Había de dejarte ir solo, á tu edad, sin álguien que te preservase de los insultos y la violencia de este miserable jóven y sus depravados compañeros? Te hemos seguido toda la mañana con los corazones llenos de filial solieitud.

—Muchas gracias; pero ya ves que todo ese cuidado ha sido supérfluo. Mi

hijo, de quien no he recibido mas que pruebas de tierno afecto, y al que creo mucho mas inocente de lo que se le quiere hacer aparecer, está determinado á volver tranquilamente conmigo. ¿No es verdad, Filemon?

—¡Ay, padre miol! contestó Filemon con un esfuerzo, ¿cómo tendré valor para decirlo?.... Pero.... no puedo volver contigo.

—¿No puedes volver?

—He jurado que no atravesaría los umbrales del palacio arzobispal hasta que....

—Pero Cirilo te recibirá. Me ha dicho te asegurase que está pronto á recibirte como un hijo, dando al olvido todo lo pasado.

—¡Al olvido! Eso me toca á mí.... no á él. ¿Proclamará Cirilo públicamente mi inocencia, añadiendo que se me ha perseguido, aporreado y espulsado injustamente, por obedecer sus órdenes? Mientras no haga esto, no olvidaré que soy un hombre libre.

—¿Un hombre libre? dijo Pedro con maligna sonrisa. Eso necesita probarse, jóven, y no basta para ello el testimonio de esa capa filosófica y de ese bien

rizado cabello que has adoptado desde que te ví la última vez.

—¿Qué necesita probarse?

Arsenio, con ademan de súplica, indicó á Pedro que callase.

—No, señor. Como lo anuncie, es el único recurso que queda. La culpa, si la hay en valirme de él, será del jóven cuya perversidad lo ha hecho necesario.

—¡Por Dios, ten lástima de mí! exclamó el anciano llevando aparte á Pedro, mientras que Filemon permanecía atónito, luchando entre la indignacion y un temor vago.

—¿No te he dicho y repetido que jamas me resolveré á llamar á un cristiano mi esclavo? ¿Y sobre todo á él, mi hijo espiritual?

—Pero, reverendísimo señor, cuyo celo solo puede compararse con tu cariño y tu misericordia, ¿el santo patriarca, no te ha asegurado que tus escrúpulos carecen de fundamento? ¿Piensas que él tiene menos horror que tú á la esclavitud en sí misma? ¿No lo quiera el cielo! Pero cuando se trata de un alma inmortal... cuando es preciso restituir una oveja extraviada al rebaño... no cabe duda de que debes emplear la

autoridad que la ley te concede para la salvacion de esa preciosa carga confiada á tí. El argumento que presentó su santidad esta mañana, es concluyente: los cristianos están obligados á obedecer las leyes de este mundo, para tranquilidad de su conciencia, aun cuando en lo abstracto las desapruében y nieguen su autoridad. Así, pues, por un raciocinio igual, se deduce que debe serles permitido aprovecharse de esas mismas leyes, si de ese modo contribuyen á aumentar la gloria de Dios.

Arsenio continuaba sin resolverse y con los ojos bañados en lágrimas; pero el mismo Filemon puso término á la conferencia.

—¿Qué significa todo esto? preguntó. ¿Tambien tú formas parte de la conspiracion tramada contra mí? ¡Dí, Arsenio!

—Lo que significa, ciego pecador, exclamó Pedro, es que por la ley eres esclavo de Arsenio, el cual te compró legalmente con su dinero en la ciudad de Ravena; y que tiene facultad, y ademas, como lo creo, quiere, por el bien de tu alma, obligarte á que le acompañes.

Filemon retrocedió, luciendo el furor

en sus ojos. ¡Un esclavo! La luz del cielo se oscureció para él. ¡Oh! ¡Si Hipatia llegase á saber toda su vergüenza! Pero era un destino demasiado tremendo para que pudiese ser cierto.

—¡Mientes! dijo casi con un grito. Soy hijo de un noble ciudadano de Atenas. Arsenio me lo ha dicho no hace un momento con sus propios labios.

—Sí, pero te compró... te compró en el mercado público, y lo puede probar.

—¡Oyeme... óyeme, hijo mio! exclamó el anciano precipitándose hácia él.

Filemon, en su cólera, no conoció la intencion de Arsenio, y le repelió con furia.

—¡Tu hijo?... ¡Tu esclavo! No insultes el nombre de hijo aplicándolo á mí. ¡Sí; tu esclavo por lo que respecta al cuerpo, mas no por lo que respecta al alma! ¡Sí, cógeme... arrastra á tu casa al fugitivo... azótale, márcale con un hierro candente... eneadénale para que mueva la rueda del molino, si puedes! pero el corazon libre tiene un remedio aun para esto. ¡Si no quieres que viva como filósofo, me verás morir como tal!

—¡Apoderaos del miserable, amigos míos! gritó Pedro, mientras que Arse-

nio, sintiéndose incapaz de refrenar á ninguna de las partes, se ocultó el rostro y lloró.

—¡Infames! exclamó el jóven, no me cogereis vivo mientras me queden dientes ó uñas. Me tratais como á un irracional, y como un irracional me defenderé.

—¡Fuera de aquí, canalla, que va á pasar el prefecto! gritaron de tras de ellos algunas voces.

La multitud se separó y vió á los ugie-res de Orestes que le acompañaban en traje de ceremonia.

Filemon vió lucir un rayo de esperanza, y en un instante atravesó por entre la muchedumbre y se agarró al carruaje del prefecto.

—¡Soy un ateniense libre, á quien se quiere reducir á la esclavitud, y reclamo tu proteccion!

—Cuenta con ella, sea ó no justa, amigo mio.

—Aquí está su amo, gritaron algunos de los presentes.

—Su amo pide lo que la ley le concede, como ciudadano romano que es, dijo Pedro empujando hácia adelante á Arsenio.

—Si es ciudadano romano, que de-

duzca mañana su acción en el tribunal con arreglo á derecho. Pero, te advierto, anciano, que antes de proceder á la cuestión de compra, es preciso que pruebes tu ciudadanía.

—La ley no exige eso, dijo Pedro.

—¡Ugier, derriba en tierra á ese pícaro! gritó Orestes; con lo que desapareció Pedro, y se levantó un ominoso murmullo entre los circunstantes.

—¿Qué debo hacer, nobilísimo señor? pregunto Filemon.

—Lo que te acomode, hasta la hora tercera del día de mañana. . . . si llega tu locura al extremo de presentarte al tribunal. Si quieres seguir mi consejo, reparte golpes á derecha é izquierda, y encomienda tu salvación á la ligereza de los pies.

Dicho esto, continuó su camino.

Filemon conoció que no le quedaba más recurso que el designado por Orestes; y poniendo en ejecución su consejo, se encontró en un minuto atravesando el portal de bóvedas de la casa de Pelagia, con una docena de hombres que iban á su alcance.

Por suerte, la puerta exterior, que acababa de dar entrada á los godos, es-

taba aún abierta; pero no así la interior, que conducía al patio. Empujó sus hojas inútilmente; y notando que en la pared de la derecha había una puerta sin cerrar, penetró por ella, y se encontró en una extensa cuadra y en los brazos de Wulf y Smid, que estaban quitando las sillas y dando de comer como verdaderos guerreros á sus caballos.

—¡Almas de mis padres! gritó Smid, ¡aquí, tenemos otra vez á nuestro jóven monge! ¿Qué te trae aquí, mozalvete?

—¡Líbrame de esos miserables! dijo Filemon señalando á los que le perseguían.

Wulf pareció comprender al momento lo que pasaba; pues cogiendo un látigo, corrió, y con unos cuantos golpes á cual más tremendos, despejó de gente el portal, y en seguida cerró la puerta.

Filemon iba á dar esplicaciones y las gracias, pero Smid no le permitió hablar.

—Olvida eso, jóven, eres ahora nuestro huésped. Entra, que serás tan bien recibido como siempre. Ya vez el resultado de haberte alejado de nosotros.

—Páreceme que no has ganado mu-

cho en dejarme por los monges, dijo el viejo Wulf. Entremos.

Los alborotadores, despues de golpear la puerta unos cuantos minutos, habian cedido á los ruegos de Pedro, el cual les aseguraba que si los godos salian contra ellos, no iba á quedar un cristiano vivo en Alejandría. Asi, se acordó que permaneciesen allí unos pocos para no perder de vista á Filemon; y los restantes, una vez frustrado su designio, dirigieron todo su furor contra el prefecto, reuniéndose al grueso de su bando, que estaban aun alrededor del carruaje, dispuestos á hacer daño.

En vano el desgraciado prefecto se empeñaba en avanzar. Los ugieres, asustados, retrocedian, y sin su auxilio era imposible que los caballos penetrasen por entre la multitud. La cosa iba poniéndose séria.

—Los mayores pícaros de la ciudad, dijo en voz baja un ugier con pálido rostro, y son unos doscientos, cuando menos. Los mismos, juraria, que asesinaron á Dios curos.

—Si no me permitís continuar, amigos míos, dijo Orestes esforzándose por parecer tranquilo, quizá no sea contra-

rio á los cánones de la Iglesia el que retroceda. Dejad las cabezas de los caballos. En nombre de Dios ¿qué se os ofrece?

—¿Te figuras que hemos olvidado á Hieracas? gritó una voz á retaguardia; y en cuanto se oyó aquel nombre, hubo un murmullo general, que fué creciendo hasta que la multitud, animándose con el ruido que hacia, prorumpió en amenazas.

—¡Vengüemos al santo mártir Hieracas! ¡Vengüemos las injurias hechas á la Iglesia! ¡Abajo el amigo de los paganos, judíos y bárbaros! ¡Abajo el favorito de Hipatia! ¡Tirano! ¡Verdugo!

Este último epíteto hirió de tal modo la viva imaginacion de la muchedumbre, que el grito de *¡Muera el Verdugo!* atronó los aires. Uno de aquellos furiosos trató de subir al carruaje; un ugier le derribó en tierra, y fué derribado á su vez. Los amotinados estrecharon mas el círculo: la guardia, viendo que el enemigo era diez veces mayor que ella, arrojó las armas y desapareció; y sin un socorro inesperado, los proyectos de Hipatia y la causa de los dioses hubieran sucumbido para siempre, quedando Ale-

jandría privada de la dicha de ser gobernada por el mas cumplido caballero del Sur del Mediterráneo. De ese socorro, considerando quién y qué cosas estaban en peligro, hablaremos en capítulo aparte.

CAPITULO XVII.

EL RAYO DE LUZ PERDIDO.

El último promontorio azul de Sardinia iba desapareciendo al Noroeste en el horizonte, y una constante brisa impelia innumerables buques, restos del armamento de Heracliano, hácia la costa de Africa. A lo lejos, bajo un cielo despejado de nubes, las blancas velas relucian en el abrigantado mar, tan alegremente á la sazón, en que pesaban sobre ellas la vergüenza y la desgracia, el terror y la pena, como cuando un mes antes llevaban consigo locas esperanzas y atrevidos proyectos. ¿Y quién es capaz de calcular las miserias de aquella deplorable fuga?.... Sin embargo, no era mas que una, y de las me-

nos conocidas y mas triviales tragedias de aquella desgraciada edad; una ligera convulsion en medio de los dolores sin número que arrastraban á su disolucion á la Babilonia de Occidente. Su hora habia llegado.... Como San Juan la habia contemplado en su vision, cumpliase su merecida sentencia, agonía tras agonía. Tirana de todas las naciones, se habia sentado sobre la mística bestia.... cimentando su poder en los apetitos animales de sus victimas y esclavos; pero aun mas que á ellos se habia engañado á sí misma. Amargas lecciones le habian mostrado que no se pertenecia; que pertenecia á la bestia, á la cual los reyes de la tierra, sus vasallos, habian dado su poder y fuerza, contribuyendo á arruinarla y destruirla la misma ferocidad y la misma concupiscencia que les habia inspirado tan arteramente.... Embriagada con la sangre de los santos; impidiéndole su orgullo y envidia conoer que durante muchos siglos se habia ocupado en sofocar y estirpar en su imperio todo lo que era noble, puro, regenerador, divino, yacía impotente y delirante, presa de cualquier aventurero, esclava de sus